



**Universitat de les
Illes Balears**

Títol: El origen de la conciencia de la muerte

NOM AUTOR: *Rebeca Martín Llompart*

DNI AUTOR: 43214715-S

NOM TUTOR: *Lucrecia Burges Cruz*

Memòria del Treball de Final de Grau

Estudis de Grau de Filosofia

Paraules clau: conciencia de la muerte, conducta funeraria, ritual, autoconciencia, entierros

de la
UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS

Curs Acadèmic 2012-2013

Cas de no autoritzar l'accés públic al TFG, marqui la següent casella

INTRODUCCIÓN

¿Cuándo empezó el hombre a intentar entender la muerte? ¿Cuáles fueron las reacciones iniciales frente al cadáver y cómo son hoy en día? No ha sido desde nuestros orígenes más remotos que el ser humano haya poseído una conciencia capaz de entender y de darle un trato distintivo a un fenómeno como la muerte. El trato del cuerpo, del individuo instantes previos a su fallecimiento e, incluso, la actitud frente a la vejez, son rasgos que se han ido conformando y cambiando a lo largo de la historia. Algunos autores atisban un vínculo entre el desarrollo de esta conciencia y el desarrollo de otras capacidades cognitivas, con el origen del lenguaje y, también, con la capacidad simbólica. La conciencia de la muerte no es un rasgo que venga aislado y, en este trabajo, intentaremos defender la posición de que, al menos, el desarrollo de la capacidad simbólica es el acompañante esencial de la conciencia de la muerte.

En este trabajo se pasará muy brevemente por encima del caso del *Homo heidelbergensis* en Atapuerca y del *Homo erectus* en Pekín, para centrar la discusión en el caso de los neandertales y los *sapiens* posteriormente. Trataremos de ver qué información aportan los yacimientos más antiguos de estas especies; con esto, se tratará también de anotar las opiniones en contra de la idea de que los neandertales poseían ya una conciencia de la muerte, y distintas visiones al respecto, aunque no coincidan con la perspectiva con la que se pretende elaborar el trabajo.

Por último, además de desarrollos a nivel cerebral que favorezcan al desarrollo de habilidades cognitivas y al crecimiento de la capacidad simbólica, también se dedicará un apartado a abordar el tema del pensamiento mítico y religioso desde el paleolítico inferior hasta el superior, con tal de ver cómo podría haberse construido el primer ideario mítico perteneciente al hombre.

PRÁCTICAS FUNERARIAS: YACIMIENTOS

Neandertales y cromagnones compartieron no sólo algunos años de existencia conjunta, sino que su industria lítica era, en ambos casos, la musteriense. Esto puede llevar a pensar a algunos autores que si tenían una idéntica técnica de

fabricación de útiles quizás también tuvieran un nivel cognitivo equiparable¹. Surge entonces la pregunta de si sería posible que los neandertales poseyeran un pensamiento trascendente que fuera no sólo capaz de predecir acontecimientos, sino de desarrollar una posible conducta ritual frente a sus muertos².

Pero, anteriormente a todo esto ya se poseen indicios de un tipo de conducta funeraria, aunque no con toda certeza ritual. En primer lugar, autores como Ayala se muestran partícipes de pensar que no sólo los neandertales practicaban actos religiosos (rituales funerarios), sino que también fue posible en el *Homo erectus* con prácticas como la extracción ritual del cerebro³. Otros autores⁴ son partidarios de pensar que los restos encontrados en el yacimiento de Chu-ku-tien (400.000-300.000 años) muestran que se trataba de un ritual basado en la ingesta caníbal del cerebro y, añade, que dicha ingesta debía ser ritual ya que en la zona abundaban presas y comida, así que esa conducta no era motivada por el hambre. Este no es claramente un indicio de conducta funeraria, aunque en el caso de que la extracción de dicho órgano fuera propiciada por algún tipo de creencia sí indicaría, al menos, los primeros pasos hacia el pensamiento mágico-ritual. En segundo lugar, aunque no fuera un trato tan ceremonioso como se esperaría hacía los cuerpos de los difuntos, es posible encontrar el primer indicio de enterramientos en la Sima de los huesos en Atapuerca⁵. Lo que este yacimiento ofrece es un pozo donde posiblemente debieron arrojar a los muertos (hace unos 300.000 años). En este primer indicio, el *Homo heidelbergensis* no brinda una única respuesta frente a los restos encontrados, ya que, bien podría tratarse de la protección de los cuerpos frente a carroñeros o, simplemente, una forma de desembarazarse de los muertos sin que esto tenga que implicar ningún tipo de conducta ritual. Es necesario especificar que se debería distinguir entre una acción y una acción orientada por una creencia (p.e. en que al enterrar al muerto este vaya a descansar), pues en algunos casos no parece tan claro que haya sido la conducta ritual la que haya propiciado el enterramiento, como es el caso de la Sima de los huesos de Atapuerca.

¹ CELA; AYALA [2005, p. 455]

² *Ibidem*, p. 455

³ AYALA [p. 188]

⁴ MARINGER [1989, p. 57]; ELÍADE [2010, p. 30]

⁵ ARSUAGA; MENDÍZABAL [2001, p. 3]

Los primeros yacimientos que vinculados con la presencia de entierros intencionados datan en el periodo llamado Paleolítico medio, y tienen una antigüedad estimada entre 80.000 y 40.000 años.

Otros yacimientos como el de la Chapelle-aux-saints, La Ferrassie, Le Moustier, etc., se aproximan más al posible pensamiento trascendente que llevó a los neandertales a enterrar a sus muertos. Algunos autores comparten la idea de que las tumbas son una expresión de creencias religiosas, ya sea por los objetos que acompañan al difunto, por su posición o por el lugar⁶.

Parece ser que los yacimientos neandertales se concentran por toda Europa y Asia, con la peculiar característica de que todos los posibles enterramientos se encuentran dentro de cuevas, a diferencia del hombre moderno, del cual se supone que disponía de otro medio de enterrar a sus allegados, debido a la ínfima cantidad de tumbas encontradas en cavernas en relación al índice de población; por ello se estima que los enterraban en el exterior⁷.

El yacimiento de Shanidar (Iraq) ha incitado a muchos autores a la reflexión: fueron los restos de diez neandertales lo que se encontraron, aunque no todos parecen haber sido colocados en el mismo momento, sino progresivamente como si se tratara de un cementerio en la actualidad. Lo que se encontró en este yacimiento fueron restos de polen que parecen señalar la presencia de flores cerca de las tumbas. Que esto pudiera haber sido provocado por que los antiguos acompañantes de los fallecidos se las ofrecieran a los cuerpos de los difuntos es algo muy discutido en la actualidad, pues bien podría haber sido eso, o que el viento lo trajera hasta la cueva, puesto que no se trataba de flores que no se encontraran en los alrededores.

En el caso de Shanidar el rasgo más importante puede ser, quizás, que fuera un lugar recurrido para albergar a los muertos una vez fallecidos, ya que el misterio de las flores y el polen puede ser, o bien un rasgo semejante al de la conducta que practican los seres humanos hoy en día con sus fallecidos cuando les llevan flores, o bien una casualidad favorecida por el clima. Dejando de lado el rasgo del polen, no hay tanta diferencia entre el yacimiento de Shanidar y el de la Sima de los huesos, aunque sí es cierto que inicialmente se podría descartar la posibilidad de

⁶ MARINGER [1989, p. 40]

⁷ *Ibidem*, p.458; ARMENDARIZ [1994, p. 165]

que los neandertales enterraran a sus muertos con el objetivo de protegerlos de carroñeros, ya que, generalmente, donde se han encontrado los enterramientos es donde menos presencia hay de este tipo de animal⁸.

Puesto que lo único encontrado en el yacimiento de Shanidar es un número incierto de enterramientos recurrentes en el mismo lugar, otros rasgos como la posición del cadáver o los ajuares que se han encontrado a su alrededor podrían ser más ilustrativos.

El caso del yacimiento de Kebara (Israel), por ejemplo, muestra varios restos de huesos y artefactos líticos que parecen indicar que fue una cueva ocupada por largo tiempo. Los ocupantes, se piensa, fueron neandertales ya que el cuerpo más completo encontrado de esta especie se halló en esta cueva⁹. El ejemplar encontrado, no obstante, no conserva el cráneo y fue enterrado meses después de su muerte¹⁰. ¿Podría entrar esta carencia dentro de algún tipo de conducta funeraria en la que los vivos desposeyeran de su cabeza al muerto para ofrecérsela a algún tipo de entidad supranatural? ¿Podría haber sido expuesta por el clima a depredadores tal y como plantea J. Shreeve¹¹? No es posible concluir definitivamente ni con la respuesta más esperanzadora ni con la más escéptica, ya que el estado del cuerpo (sin cráneo) podría deberse a muchos otros factores no necesariamente vinculados a la conducta ritual, aunque, J. Shreeve concluye que su posición indica una clara actitud funeraria: «'Moshe' (como fue llamado el cuerpo) was resting on his back, his right arm folded over his chest, his left hand on his stomach, in a classical attitude of burial¹²».

Otro caso ejemplar respecto de la posición en la que se encontraba el cuerpo es el del yacimiento de La Ferrassie (Francia), en el cual los cuerpos masculinos estaban orientados de este a oeste, excepto el caso de una mujer, dirigida hacia la dirección opuesta¹³. De forma análoga, el yacimiento de Le Moustier (Francia) muestra un individuo colocado de costado, con uno de sus brazos tras la nuca (a modo de almohada) y con una pequeña hacha de mano al alcance. La diferencia, según

⁸ *Ibidem*, p. 456

⁹ KRIS HIRST, K. [2003]

¹⁰ CELA; AYALA [2005, p. 465]

¹¹ SHREEVE [p. 171]

¹² *Ibidem*

¹³ MARINGER [1989, p. 63]

Maringer¹⁴, es que el caso de Le Moustier apoya la creencia de que a los neandertales la muerte les debía parecer un sueño (debido a la posición en la que se encontraron los restos), no obstante, la posición de los individuos de Le Ferrassie denota otro tipo de actitud frente a la muerte: la forma en la que fueron encontrados da pie a pensar que fueron agarrotados, como si se les temiera, incluso llegando al punto de que uno de los cadáveres parecía haber sido cercenado¹⁵ (aunque este caso es el de un niño de unos seis o cinco años, lo cual no nos incita principalmente a pensar que pudieran tenerle algún tipo de miedo).

Para hablar de yacimientos en los que se encontraran lo que parecen ser ajuares funerarios se podría hablar de Border cave (Sudáfrica) y de Teshik-tash (Asia). El primero se trata de una tumba infantil, cerca de la cual se encontró una concha marina, mientras que en el segundo se encontraron cráneos de cabra en círculo rodeando la tumba. El primer caso podría tratarse de simplemente un objeto que perteneció al joven difunto, pero esto ya sería indicativo de un tipo de conducta funeraria avanzada como puede ser la de la cultura antigua egipcia, en la cual enterraban a los faraones junto con lo que habían poseído en vida. El caso de Teshik-tash es aún más declarado; no parece en absoluto que la disposición de los cráneos de cabra sea fruto del azar, sino de, al menos, una clara intención de colocarlos en esa forma. Hay que destacar, también, que en la naturaleza abundan gran número de formas geométricas y que la disposición en círculo podría tratarse de algún tipo de imitación a estas formas. En cualquier caso, la forma en la que están situadas parece confirmarnos que, al menos, había una clara intención de poner alrededor de una tumba algo que no era simplemente natural, sino algo fruto de su creatividad, pues poco probable es que imitaran este comportamiento de otros animales.

Dederiyeh (Siria) es otro yacimiento ejemplar respecto de la conducta funeraria. En este caso no es solo el entorno el rasgo definitorio, sino tanto la posición como los ajuares encontrados; el cuerpo (de un infante) se encuentra con los brazos extendidos y las piernas flexionadas. Lo realmente llamativo es que sobre el cráneo tenía una piedra rectangular y sobre el lugar donde estaría el corazón una piedra

¹⁴ MARINGER [1989, pp. 64-65]

¹⁵ *Ibidem*, p. 66

triangular¹⁶. Se podría decir que el motivo de la posición es ser económico con el espacio, no obstante, la localización de las piedras no parece ser únicamente azarosa; el corazón es lo que se “apaga” una vez el individuo ha fallecido y, la cabeza o los ojos, es lo que deja de moverse y de interactuar (mediante el parpadeo, p.e.) con el resto.

Los elementos desde los que se ha realizado el análisis han sido la posición, los objetos que acompañan al cadáver y dónde está situado. Al parecer, la mayoría coinciden en estar situados en cavernas, sin embargo, la posición de algunos y los ajuares que les acompañan proporcionan más detalles acerca de las posibles creencias que la muerte de un semejante podría haber provocado a estos individuos: algunos parecen indicar que veían la muerte como la entrada en un sueño profundo; otros la contemplaban con temor, quizás vaticinando el regreso del congénere caído; el acompañamiento de algunos objetos quizás fueran ofrendas otorgadas desde un sentimiento de pena... Fuera como fuere, tanto la disposición, como el lugar y los objetos que acompañan no son contingencias, sino que parecen haber sido propiciadas y motivadas por algún tipo de creencia subyacente que les inclinó a realizar el entierro de una forma determinada y no de otra: ¿es posible, entonces, que además poseyeran la certeza de que había formas “correctas” e “incorrectas” de inhumar los cuerpos? ¿Realizaban las mismas prácticas con los animales de su entorno?

EL POSIBLE VÍNCULO ENTRE LA CONDUCTA SIMBÓLICA Y EL RITUAL FUNERARIO

No se trata únicamente de mencionar los ajuares y objetos que pueden acompañar a los difuntos, se trata del desarrollo de dos tipos de capacidades que definirán la conducta de los individuos que se están estudiando. Tanto la conducta simbólica como la ritual parecen estar asentadas sobre cierto tipo de desarrollo cognitivo que produjo, a su vez, el desarrollo de una autoconciencia. En la historia del ser humano, el lugar donde podría asentarse la conciencia ha sido ampliamente discutido: los egipcios pensaron en el cerebro, mientras que los griegos, por ejemplo, dudaron entre el corazón, el cerebro y los pulmones. No fue hasta el

¹⁶ CELA; AYALA [2005, p. 456]

Renacimiento que no se empezó a estudiar el cerebro como el asentamiento de la conciencia que poseen los seres humanos¹⁷.

La conciencia, además, no es única, sino que se disgrega en distintas conciencias que realizan un papel definitorio en nuestra interacción con el mundo; la conciencia del otro puede conllevar un altruismo, la capacidad de predecir intenciones, etc¹⁸. Desde hace poco todas estas suposiciones tienen una base neurobiológica. Se trata de las neuronas de Rizzolatti (neuronas en espejo), de las de von Economo, de áreas cerebrales que resultan ser el origen de muchas de nuestras capacidades. Por desgracia, es posible estudiar los cerebros de los neandertales, ni de los humanos de aspecto moderno, ya que no se conserva el órgano, no obstante, ya ha sido mencionado previamente que sus capacidades cognitivas eran altamente equivalentes.

La capacidad simbólica que será estudiada a continuación en relación a la conducta funeraria no es únicamente la capacidad de representar simbólicamente, sino la de imitar, de crear, diseñar e imaginar. De ahí la importancia del yacimiento de Teshik-tash; no se trata de encontrar cerca de la tumba unos cráneos de cabra colocados a propósito, sino de que estos cráneos estén colocados intencionadamente de una forma concreta y no de otra. El círculo en el que estaban dispuestos es, además, una forma compleja, ya que no posee la rectitud de otras formas geométricas. La posición del cuerpo, más allá de la finalidad que tenga el disponerlo así, indica una posición que no es la de una persona que esté viva; los brazos extendidos y las rodillas flexionadas pueden ser una de tantas posiciones que se le pueden atribuir a los muertos a la hora de enterrarlos, o bien la posición en la que el difunto falleció.

En la cueva de Stajnia (Polonia) se han encontrado tres dientes de origen neandertal rodeados de útiles de sílex y astas de animales, dispuestos en línea en un recinto de dos metros de largo por uno de ancho. La industria lítica encontrada alrededor son cuchillos asimétricos cuya producción requería procedimientos detallados, es decir, cierto tipo de planificación¹⁹. Del mismo modo, Urbanowski es partidario de pensar que los neandertales poseían un sistema complejo de comunicación, y que con tal de transmitir determinada información era menester

¹⁷ BERMEJO-PAREJA [2010, p. 385]

¹⁸ *Ibidem*

¹⁹ URBANOWSKI, Pregunta 2.

la posesión de conceptos abstractos, geométricos..., es decir, necesitaban de cierto tipo de simbolismo para poder elaborar planes y para poder comunicarse entre ellos. El hueso hioides encontrado en Kebara parece darle la razón a Urbanowski; al menos, los neandertales poseían un sistema de comunicación semejante al nuestro, aunque no poseyera los mismos sonidos, ¿no puede ser del mismo modo que poseyeran una capacidad simbólica análoga?

La distinción que establece Clark (1990) al respecto de la conducta simbólica del paleolítico medio entre neandertales y humanos de aspecto moderno se basa en que el primero no tiene finalidades adaptativas. En este caso, ¿no es una razón de más para creer que, sin que la conducta funeraria fuera una necesidad adaptativa, la practican con un objetivo meramente cultural? Desde luego, parece que la conducta simbólica ligada a los entierros, más que una resolución a algún tipo de problema no es sino una conducta intencional ligada a un sistema de creencias y acompañada por un cierto sentido estético a la hora de abandonar al fallecido.

CONDUCTA FUNERARIA: ¿INNATA O ADQUIRIDA?

Si frente a las prácticas culturales se encuentran instintos e impulsos encarnados en circuitos neurales que causan comportamientos de lucha o de huida, se podría vincular este tipo de conducta a lo denominado como altruismo biológico, el cual se basa en realizar una valoración de los actos posibles en vistas a la supervivencia y al impacto sobre la vida. En este sentido, el enterramiento de los fallecidos podría verse como una manera de desembarazarse de los cuerpos, evitar tener en la cercanía la podredumbre que atrae a los carroñeros... No obstante, esta visión hubiera sido satisfactoria si no hubieran sido encontrados objetos cerca del cadáver, o si éste no hubiera estado en una posición determinada. El altruismo biológico puede llevar a un individuo neandertal a ver en el enterramiento el medio con el que dejar de cargar el cuerpo de un compañero que ya no se mueve, no obstante, no es el altruismo biológico el que le lleva a depositar junto al fallecido distintos objetos que, en cierta manera, embellecen el lugar. Lo que parecen indicar los objetos y la posición en la que se ha hallado el cadáver es el inicio de una cultura que deriva en una cultura funeraria, y la cultura no puede

reducirse a fenómenos biológicos ya que ésta no la crearon individuos únicos²⁰, sino un colectivo, y es en ese colectivo donde cobra sentido la actitud ritual. El dejar junto a un compañero muerto algunos objetos, fueran sus pertenencias o no, indican ya un cierto tipo de moralidad, pues no lo están dejando sólo, sino en compañía de esos objetos.

En cierta manera, se podría considerar la conducta funeraria como un comportamiento que inicialmente se vio condicionado por factores biológicos, a saber, como un instinto que lleva a los individuos a desprenderse del cadáver por las molestias que puede ocasionar. Posteriormente, conjuntamente con el desarrollo de otras capacidades cognitivas, pudo haber derivado en un tipo de conducta altruista que fija el inicio de una cultura ritual ya que, a pesar de que no todas las tumbas encontradas comparten características, siempre hay algo particular en ellas, aún así, la mayoría coinciden en que el fallecido fue enterrado en compañía de otros objetos, ya fueran los suyos o los que sus compañeros seleccionaron para dejar junto a él.

Parece concluyente entonces que la conducta funeraria es, en origen, un comportamiento determinado biológicamente y, en desarrollo, una conducta ritual, acompañada por una moral que conlleva la constitución de una cultura. Es, en este sentido, una conducta innata y adquirida que en conjunto da lugar a un tipo de comportamiento específico no visto antes en ningún otro ser del reino animal. No obstante, si es una conducta innata, al menos originariamente, su práctica debería conllevar una mejora respecto de la supervivencia: ¿es posible afirmar que la conciencia de la muerte es entonces un rasgo que favorece a la vida?

AUTOCONCIENCIA COMO CONCIENCIA DE LA MUERTE

Tal y como ya ha sido mencionado, la conciencia de nuestra especie no es unitaria y homogénea, sino que hay distintos “tipos de conciencias” que afectan a múltiples campos de la vida humana; el lenguaje, la capacidad artística y simbólica, el altruismo y la empatía, el orden social; son sólo una parte de lo que conllevó el desarrollo cognitivo que permitió la creación de la conciencia de un yo y, consecuentemente, de un otro.

²⁰ DAMASIO [2004, p. 151]

Ayala²¹ considera que la consecuencia más importante de la autoconciencia es la conciencia de que no vamos a vivir para siempre –la conciencia de la muerte. Frente a los animales, que tratan a los semejantes fallecidos o bien con ignorancia, desechos o alimento, los seres humanos empezaron a realizar una serie de actos que acabaron por convertirse en una costumbre y, ésta, en la medida de lo posible, en una cultura. El origen que se postula para el inicio de esta cultura funeraria está datado durante la existencia de los neandertales, los cuales, como ya se ha mencionado, empezaron a tratar a los muertos de novedosas maneras. Ayala se muestra partícipe de vincular la conciencia de la muerte con las creencias religiosas debido a la ansiedad que produce el hecho de la finitud, y el alivio consecuente que las creencias religiosas proporcionan al darle un significado trascendental a la vida. De igual manera, Leakey²² comparte la opinión de que de la conciencia de la muerte se deriva una mitología y, por otra parte, que la falta de evidencias de una conciencia de este tipo en *Homo erectus* denota una limitada autoconciencia. En este sentido, Leakey liga la conciencia de la muerte a una mayor autoconciencia, mientras que Ayala parece decir que de la autoconciencia deriva la conciencia de la muerte. En cualquiera de los casos, parece que ambas están ligadas, puesto que la conciencia de uno mismo también incluye la de la propia finitud, aunque esta no sea experimentable por uno mismo.

Lo que Ayala²³ destaca especialmente es que la conciencia de la muerte no es en sí una adaptación, ya que el dolor, la ansiedad, y los sentimientos que produce no son condiciones ventajosas para la supervivencia. De esta manera, este tipo de conciencia no parece promovida por la selección natural, sin embargo, se deriva de un atributo (la autoconciencia, así como un elevado desarrollo intelectual) que sí es adaptativo, siendo, consecuentemente, un resultado indirecto de la selección natural. Otros autores como Arsuaga y Mendízabal²⁴ también mantienen un punto de vista darwinista respecto del desarrollo de las capacidades intelectuales del hombre, apostando por el lenguaje como la capacidad social reguladora que favoreció a la supervivencia del *Homo sapiens*, y no la del neandertal.

²¹ AYALA [1995, p. 189]

²² LEAKEY [1994, p. 246-248]

²³ AYALA [1995, p. 190]

²⁴ ARSUAGA; MENDIZABAL [2001, p. 19]

La conciencia de la muerte es contemplada, desde este punto de vista, como una consecuencia indirecta de la selección natural que dio lugar a la autoconciencia como un recurso biológico útil para la supervivencia. La conciencia de la muerte no parece haber cobrado un sentido tan funcional respecto de la vida de tanto neandertales como humanos de aspecto moderno, siendo que los sentimientos que produce no son sino perjudiciales, al menos, para lo que a emociones se refiere. Sin embargo, si se está de acuerdo con Leakey, incluso con Ayala, la conciencia de la muerte no se agota en una mera frustración, sino que acaba por iniciar la búsqueda de una respuesta, o de una creencia que otorgue cierto alivio a la situación; adaptativamente hablando, la conciencia de la muerte se muestra como una dificultad; sin embargo, cobra especial validez en el campo de la cultura y el conocimiento. Autores como Analía C. Abt²⁵ postulan que la sepultura no indica, sino, el paso de la naturaleza a la cultura. De forma análoga, tal y como Leakey menciona «Tal vez la adaptación más importante del comportamiento del *Homo sapiens* sea la transmisión, de una generación a otra, de los elementos de la cultura, del conocimiento acumulado por su especie sobre los medios de supervivencia²⁶» y, al menos parte de este legado, es mitológico. La cultura no es sino un medio para comprender el mundo, y esa comprensión resulta una necesidad.

LA CONCIENCIA DE LA MUERTE COMO EL ORIGEN DEL PENSAMIENTO MÁGICO-RELIGIOSO

Leakey afirma que en los primeros *Homo sapiens* la vida se descubrió en interacción con otros poderes del mundo y, posiblemente, de igual manera lo hiciera el conocimiento de la muerte (al igual que la vida), esto es, siendo acompañado de una actitud ritual. Lo que los primeros de humanos pudieron ver en la naturaleza quizás fueran ciclos de nacimiento, vida, muerte y resurrección; la naturaleza parecía reflejo de lo que la muerte concedía a su condición: la Luna parecía apagarse para, de nuevo, volver a lucir su esplendor en el cielo; las estaciones auguraban que después de la sequedad y el frío volvería la fértil etapa

²⁵ ABT [2006, p. 3]

²⁶ LEAKEY [1994, p. 249]

primaveral²⁷. La identidad que pudieron sentir esos individuos con la naturaleza pudo llevarles a imaginar que el enterrar a sus allegados o, incluso, a sus presas de caza, podía hacer que la naturaleza les devolviera la vida, al igual que los árboles dejaban caer sus hojas y las volvían a dejar crecer en distintos momentos del año, para volver a convivir con su compañero, o para que las presas de caza no se agotaran²⁸.

El mito no es sino una narración que trata de dar cuenta del origen y de la naturaleza de un pueblo, de aquello que le caracteriza²⁹; se trata de la expresión de una autoconciencia colectiva y plural ya caracterizada históricamente.

En un yacimiento neandertal, la postura con la que se encuentren los restos de un cadáver puede ser provocada por el derrumbamiento de parte de la caverna, porque el cuerpo se quedó rígido tras la muerte y sus allegados no alteraron su posición, o bien porque, del mismo modo que hoy en día juntar ambas manos frente al pecho se vincula a realizar una plegaria, la posición en concreto estaba relacionada con algún tipo de creencia. Quizás vieran la muerte como un sueño, y colocaron al individuo de Le Moustier yaciendo sobre su brazo a modo de almohada; puede que colocaran en direcciones opuestas los cuerpos de Le Ferrassie, señalando la feminidad y la masculinidad (aspecto que se volverá más recurrente en el arte del paleolítico superior³⁰); los cráneos en círculo de Teshik-tash pudieron simbolizar una puerta, con motivo de la creencia en un más allá. Negar la conducta funeraria ligada a un comportamiento mágico-religioso en el *Homo neandertalensis* sería imposibilitar que éstos poseyeran una conciencia de la muerte y, por lo tanto, de sí mismos, siendo sus capacidades intelectuales tan análogas a las de sus semejantes *Homo sapiens*. Quizás nada se sepa de sus intenciones, no obstante, el registro fósil, pese a que no proporcione un detallado esquema cerebral, ha dejado ver una serie de yacimientos que guardan dentro de

²⁷ THOMAS [1991, p. 27-28]: El autor habla de la visión de la muerte de tribus africanas, las cuales ven en la naturaleza un reflejo de los ciclos naturales de vida-muerte.

²⁸ ELÍADE [2010, p. 29]: «La muerte del animal constituye un rito, lo que implica la creencia de que el Señor de los animales vela para que el cazador mate tan sólo en la medida en que le es necesario para alimentarse, y que el alimento no se desperdicie; los huesos, especialmente el cráneo, tienen un considerable valor ritual (probablemente porque se cree que contienen el “alma” o la “vida” del animal y que el Señor de las fieras hará crecer una carne nueva en aquellos huesos). De ahí que se depositen el cráneo y los huesos largos en lugares elevados o en las ramas de los árboles», dice M. Elíade respecto del comportamiento de civilizaciones de cazadores contemporáneos.

²⁹ LEAKEY [1994, p. 250]

³⁰ *Ibidem*, p. 258

sí los cuerpos recogidos por sus allegados una vez fallecieron, no únicamente un cadáver perdido en una caverna. Nada queda del ritual que pudo realizarse; cantos con el objetivo de unir a la comunidad, tal y como afirma S. Mithen (2007), vestimentas o presas concretas de las que alimentarse en esos momentos. El arduo trabajo de tener que enterrar el cuerpo ya parece detonar una creencia; Elíade destaca que el motivo que les lleva a sepultar el cuerpo debe ser una creencia en una vida más allá de la muerte, o quizás también un temor hacia el retorno del muerto (basándose en sepulturas donde el fallecido aparece encogido y agarrotado), aunque también esta posición replegada puede reflejar la esperanza de un retorno sin que éste produzca temor en los vivos, imitando la posición fetal de los recién nacidos como una especie de renacimiento³¹.

En las sepulturas del Paleolítico superior las sepulturas empiezan a aparecer más claramente con una intención ritual: los cuerpos manchados con polvo de ocre rojo³², las tumbas decoradas con objetos como conchas o colgantes...restos animales que bien pudieron ser ofrendas o restos de un banquete realizado en orden del funeral. Fue hallado, además, el caso de una tumba auriñaciense (Balzi rossi) de la Liguria en la que el cadáver está acompañado por cuatro objetos que han recibido el nombre de “bastones de mando”³³. Aunque para Elíade parece claro que podemos concluir en que estos individuos mantenían una creencia en una vida más allá de la muerte, y que eso era lo que les llevaba a acompañar al difunto con tan variados ajuares, el registro arqueológico nada puede aportar por lo que respecta a las motivaciones de tanto neandertales como humanos de aspecto moderno.

Sin embargo, cuando se observa una ceremonia en nuestros días pueden atisbarse vínculos entre la actualidad y el lejano pasado en el que quedan éstas especies: Elíade cita una descripción que Reichel-Dolmatoff lleva a cabo de un sepelio realizado por los indios *kogis* de Colombia, que puede servir de ejemplo. El chamán, para empezar, realiza una serie de gestos y cantos rituales que invocan el lugar como el “útero de la muerte”. El cuerpo de la joven fallecida es envuelto en un lienzo blanco cosido por el padre; mientras tanto, la abuela y la madre entonan una

³¹ ELÍADE [2010, p. 31]

³² *Ibidem*: Según Elíade el polvo de esta piedra tenía una clara función mágica, ya que era el substituto ritual de la sangre.

³³ *Ibidem*, p. 33

canción. La tumba es decorada con piedrecillas verdes, conchas y el caparazón de un gasterópodo. El cadáver se coloca en la fosa con la cabeza hacia el este y se rellena la tumba de tierra. Ha sido una ceremonia de dos horas aproximadamente, pero tal y como señala Reichel-Dolmatoff, el arqueólogo que dentro de cientos o miles de años encuentre esta tumba no verá más que un esqueleto cuya cabeza está orientada hacia el este y algunos ajuares que le acompañan, no obstante, la ceremonia no será recuperada jamás³⁴.

Pese a no poder dar con el culto que podría haber acompañado a los sepelios neandertales y de los primeros humanos, al menos es posible albergar la certeza de que le dedicaban una sepultura a sus compañeros, y que en ellas arrojaban objetos, ya fueran pertenecientes al fallecido o los suyos propios. Motivados por creencias en un más allá o por un temible retorno del muerto, los neandertales parecían conscientes de que la vida de aquella persona se había acabado, y que debía volver a la tierra al no estar ya con los vivos.

UN BREVE RECORRIDO HISTÓRICO: EL TRATO DEL CADÁVER A LO LARGO DEL TIEMPO

La conciencia de la muerte no solo denota un elevado nivel de autoconciencia y la presencia de actitudes rituales, sino que además va de la mano con un trato distintivo del cadáver. Desde las tumbas, el abandono en lugares alejados, la necrofagia, el embalsamamiento o la cremación, no son sino medios para contrarrestar la tanatomorfosis³⁵. El propósito del conjunto de creencias mágico-religiosas es integrar la muerte en la existencia, normalizarla de tal manera que no produzca miedo o ansiedad a los que aún están vivos. Cada grupo social y cada época histórica, por lo tanto, elabora un sistema de pensamiento para paliar con estas sensaciones.

Los siglos previos a la Edad media la muerte estaba regulada por un ritual, y si la muerte había sucedido en circunstancias normales no era ninguna sorpresa. Sin embargo, una muerte súbita era señal de mal agüero; el drama no afectaba sólo a familiares, sino a toda la comunidad. El cementerio, además, se encontraba alejado

³⁴ *Ibidem*, p. 33-34

³⁵ ABT [2006, p. 2]

para que los muertos no perturbaran a los vivos. Posteriormente, la muerte se normaliza a la vez que se la ve lejana. Llega también a clericalizarse, convirtiéndose en una ceremonia realizada por la iglesia. Se rechaza la muerte carnal del cuerpo y, por lo tanto, no es de buen ver dejar el cuerpo a la vista durante un largo tiempo. En los siglos XVII y XVIII la muerte se aleja del ámbito religioso y se ve medicalizada. Ligado a nuestra actualidad, la muerte se ve presa de ser objeto de profesionales y de tener lugar, principalmente, en un ámbito alejado del hogar familiar; el hospital³⁶.

Así, no sólo se han creado distintas conductas rituales que acompañan al suceso de la muerte, sino que se han profesionalizado cargos en relación a ésta, que han ido de la mano con ella a lo largo de la historia (el médico, el sacerdote, el chamán...). La muerte, como fenómeno extraordinario, fue relegada, ya desde el *Homo sapiens*, a los especialistas; el chamán se encargaba de realizar el ritual que acompañaba al sepelio, puesto que no todos los demás poseían sus capacidades.

CONCLUSIONES

Ha sido visto a lo largo del trabajo que la conciencia de la muerte, si no se deriva de la propia selección natural, acaba por contribuir a ella en la medida en la que genera todo un aparato cosmológico que trata de dar razón de los misterios del mundo. Parece ser que los neandertales no son más que el primer atisbo del despertar de este tipo de conciencia, tomando lugar, en sus primeros pasos, como sepulturas acompañadas de una disposición particular del cadáver y de la decoración de la fosa. La conducta ritual posterior va desde las pinturas rupestres que parecían hacerse a favor de lograr una buena caza, hasta los cantos fúnebres de distintas sociedades humanas.

En cualquiera de los casos, la conciencia de la muerte deriva en una conducta ritual y, una vez ésta es construida, determina las prácticas funerarias concretas que van a caracterizar al grupo social que las realiza. El tipo de sepultura, cómo ha sido dispuesto el cadáver, con que objetos se le acompaña, etc. no es sino una pauta que representa el sistema de pensamiento funerario que posee un tipo de grupo

³⁶ *Ibidem*, p. 6-10

determinado. Esta pauta determinará las costumbres correctas e incorrectas a la hora de darle sepultura a un individuo, tal y como no es de buen ver quemar los cuerpos en el cristianismo debido a una creencia en la resurrección.

Puede que sea posible afirmarlo con total certeza, pero al parecer, en vistas a las escasas, pero concretas, coincidencias que existen en las distintas sepulturas neandertales encontradas, puede que poseyeran un pensamiento ritual derivado de una conciencia inicial de la muerte que les llevara a realizar los entierros de una forma concreta y no de otra, así como de acompañar a los difuntos con armas y ajuares. Si fuera así, no se estaría sólo frente a una conciencia de la muerte que denota una clara autoconciencia, ni sólo ante un claro pensamiento mágico-ritual, sino además, frente a un primer uso de ese sistema de pensamiento dirigido a establecer los primeros pasos de un orden social, además de un criterio cultural de lo que es correcto o incorrecto a la hora de inhumar un cadáver.

BIBLIOGRAFÍA

- ABT, A.C. (2007). El hombre ante la muerte: una mirada antropológica. Trabajo presentado en el XII Congreso Argentino de Cancerología. Sociedad Argentina de Cancerología.
- ARMENDARIZ, A. (1994). El mundo funerario en las épocas prehistóricas. *Cuadernos de sección. Ciencias médicas*, 3, pp. 161-167.
- ARSUAGA, J. L. y MENDIZABAL, I. (2001). El origen de la mente. *Investigación y Ciencia*. Vol. 302.
- AYALA, F. J. (1995). *Origen y evolución del hombre*. Madrid: Alianza.
- BERMEJO-PAREJA, F. (2010). La conciencia, la conciencia de sí mismo y las neuronas de Von Economo. *Rev Neurol*. 50: 385-6.
- CELA, C. J. y AYALA, F. J. (2005). *Senderos de la evolución humana*. Madrid: Alianza.
- DAMASIO, A. (2004). *El error de Descartes*. Barcelona: Crítica.
- ELÍADE, M. (2010) *Historia de las ideas y las creencias religiosas I*. Barcelona: Paidós.
- LEAKEY, R. y LEWIN, R. (1994) *Nuestros orígenes. En busca de lo que nos hace humanos*. Barcelona: Crítica.
- LINDLY, J. M. y CLARK, G. A. (1990). Symbolism and Modern Human Origins. *Current Anthropology*. Vol. 31. 233-261.
- MARINGER, J. (1985). *Los dioses de la prehistoria*. Barcelona: Ediciones Destino.
- MITHEN, S. (2007). *Los neandertales cantaban rap: los orígenes de la música y el lenguaje*. Barcelona: Crítica.
- SHREEVE, J. (1995) *The Neanderthal enigma: Solving the Mystery of Modern Human Origins*. United States of America: William Morrow & Company, Inc.
- THOMAS, L.V. (1991) *Antropología de la muerte*. España: FCE.

Entrevistas

- M. Urbanowski, sobre Cultura Neandertal: <http://www.desdeexilio.com/2010/04/13/cultura-neandertal-entrevista-a-mikolaj-urbanowski/>

Páginas web

- KRIS HIRST, K. (2013). *Kebara cave: Middle Paleolithic and Natufian occupations on Mount Carmel*. Recuperado el 29 de Mayo de 2013 desde http://archaeology.about.com/od/kterms/qt/kebara_cave.htm